

A José María Sanz Martínez, Rector Magnífico de la Universidad Autónoma de Madrid.

Te recuerdo, en Campillo, en brazos de tu madre cuando eras un bebé y ella te presentó a mí, que tenía trece o catorce años, con palabras parecidas a estas:

-Mira, Javier, qué hijo tan guapo tengo. Dale un beso.

Yo, un tanto tímido, me resistía a besarte, pero, ante la insistencia de ella y de mis padres, acabé por acceder a aquello a lo que me instaban.

El caso es que tu abuela Perpetua, le había ayudado a mi madre (maestra durante largos años en Campillo) a traerme al mundo. A ello se añadía que tu madre era, y sigue siendo, mi madrina de bautismo. Lamentablemente, sólo volví a verla en un par de ocasiones, después de esta que te cuento.

Desde entonces ha transcurrido toda una vida, que a cada uno nos ha llevado por caminos alejados y distintos. Tú has sabido aprovecharla y sacarle un rendimiento extraordinario, brillante, del cual, estoy seguro, que no presumirás ni en privado, ni en público, aunque tengas sobrados motivos para hacerlo.

Pero yo, que no tengo por qué ser modesto, al leer tu biografía, al ver tu foto, en nuestra web de Campillo, y al constatar en tu cara los rasgos inconfundibles y entrañables de tu abuela Perpetua y de tu madre (¡Cuánto te pareces a ellas!) no he podido dejar de sentir una sacudida interior de orgullo ajeno, que me ha removido hasta en mis más profundas raíces y que no puedo, ni quiero, contener ni disimular.

Desde mis setenta y un años, con la distancia de una vida entera que no ha podido borrar aquellos recuerdos tan queridos, recibe mi testimonio de admiración y de profundo respeto.

Javier Delgado Calvo.